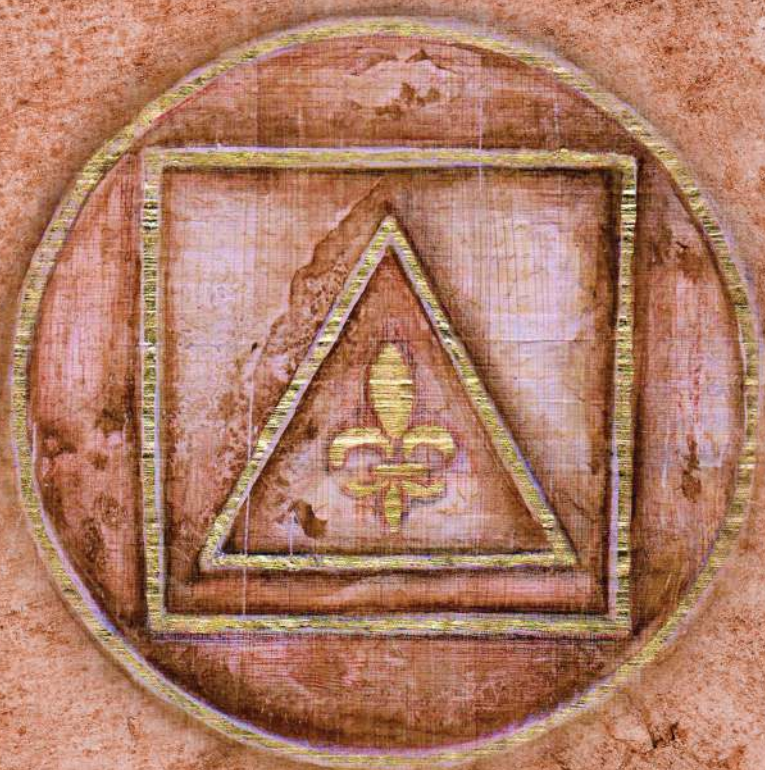


ADELE VENNARI

EL CÓDIGO DEL ORIGEN



Isthar  Luna-Sol

ADELE VENNERI

EL CÓDIGO DEL ORIGEN

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

Ediciones Istar Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

© **Autora:** Adele Venneri

© **Traducción:** Laura Martínez Rodríguez

Corrección: Ricardo de Pablo Bercial

Diseño cubierta: Sofía Vidhani

Imagen cubierta: Manuela Da Ponte

Maquetación: Antonio García Tomé

Primera edición: noviembre 2020

© Ediciones Istar Luna-Sol 2020

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

ISBN: 978-84-17230-96-8

Depósito legal: M-27366-2020

Impreso en Ulzama (España)

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota editorial

El Código del Origen es la clave maestra de la Creación. Es un lenguaje vibracional a través del cual es posible recordar el propio Origen y confirmar que las leyes divinas y cósmicas son exactas e inconfundibles. El Código del Origen es el sello que Adele Venneri ha recibido por vía iniciática y que ha puesto al servicio de la humanidad para que esta pueda redescubrir sus propios Orígenes Cósmicos. Un Código ancestral custodiado entre los grandes secretos de la antigua tradición andina, tradición de la que Antón Ponce de León Paiva es uno de los mayores conocedores y que, como confirma en el prólogo de esta obra alquímica, recibió por tradición.

El Código del Origen es una invitación a escuchar un mensaje arcaico, nuevo y eterno, que nos permite comprender que nuestra experiencia en la Tierra es la verdadera escuela de aprendizaje que conduce al Humano a unirse con el Divino. El Código del Origen es un viaje iniciático a través de la geometría sagrada, donde el Universo se vuelve visible. Es un Código que se encarna a través del propio recorrido individual.

Gracias a Adele Venneri hemos tenido acceso a revolucionarios y potentes conocimientos alquímicos ancestrales, conocimientos que transmutan la Conciencia y que nos guían en la exploración de los espacios infinitos donde reside el Secreto de la Creación. Lugares de alta frecuencia

vibratoria donde uno puede reflejarse en las propias aguas interiores y reconocerse.

Gracias, Adele, por compartir la sabiduría de tu gran alma.

Gracias por el coraje de haber dado voz a los silencios ocultos de la historia.

Gracias por enseñarnos a descubrir nuestros talentos anímicos.

Gracias por hacernos escuchar el Sonido arcano del Origen.

Gracias por enseñarnos que el secreto de la vida es seguir siempre al propio sentir.

Gracias por haber puesto al servicio de la humanidad tu experiencia.

¡Gracias!

Índice

Licencia gramatical de la autora.....	9
Sobre la imagen de la portada.....	11
Nota de la traductora	13
Prólogo	17
Capítulo 1. Yo soy inocente.....	25
Capítulo 2. La culpa genera culpa.....	51
Capítulo 3. Carta al Papa	63
Capítulo 4. Tras dos mil años, María Magdalena vuelve a los altares	91
Capítulo 5. 22 de julio de 2016.....	105
Capítulo 6. Celebrada la primera misa en el nombre del Amor.....	129
Capítulo 7. La CHIEMAF.....	137
Capítulo 8. Laveno	147
Capítulo 9. El Giglio	183

Capítulo 10. Desde Palermo hasta el Giglio todo se ha cumplido	217
Capítulo 11. La Cruz ha sido invertida. Como invertida ha sido la Verdad.....	227
Capítulo 12. No hay que buscar a la Diosa, sino sanar al Masculino	241
Capítulo 13. El defecto energético.....	249
Capítulo 14. El Código del Origen.....	267
Capítulo 15. La Reina del castillo	291
Capítulo 16. Has superado las siete pruebas	323
Conclusiones	351
Agradecimientos	359

Licencia gramatical de la autora

En esta obra, desde el punto de vista editorial, se han concedido muchas licencias gramaticales con el objetivo de desestructurar la mente lineal del lector e invitarlo a escuchar el sonido de cada vocal y cada consonante.

Por este motivo, algunas palabras están escritas en cursiva, algunas expresamente partidas con un guion, algunas están escritas mezclando mayúsculas con minúsculas y otras en cambio con *K* en vez de con *C*, como la palabra *Kristal*.

También los tiempos verbales utilizados tienen el objetivo de llevar al lector a la atemporalidad en la que vivimos. La autora, iniciadora de nuevos paradigmas, habla al masculino y al femenino del lector, con el fin de que este interiorice esa unión.

Sobre la imagen de la portada

El Código sobre papiro

Obra realizada sobre una hoja de papiro egipcio original tratada por Manuela Da Ponte en 2020, por encargo de Adele Venneri.

La técnica con la que se ha creado la obra es la pintura de tierra y sal: una técnica basada en los poderes químicos y alquímicos de la sal.

Con acabados en lámina de ORO de 24 quilates, la obra se ha ejecutado con tierra procedente de Rennes-le-Château y sal proveniente de las salinas de Maras y Moray (Perú).

Manuela Da Ponte

Nacida en 1969, activa en el mundo del arte, accede al grado de maestro de arte tras varios cursos de formación. Lo completó después con la madurez

artística a través del instituto de arte Ulderico Midossi, de Civita Castellana (Italia).

Posteriormente, en la facultad de Arquitectura de Roma de Fontanella Borghese profundiza en sus campos de interés. El estudio de la química le permite elaborar una nueva técnica donde la sal y la tierra de todo el mundo dan vida a nuevos sistemas pictóricos.

Apasionada de la Geometría Sagrada, disciplina en la que es experta, en esta obra se ha encargado de la lectura simbólica de la planimetría de la Plaza de San Pedro, así como de su correlación con el Código del Origen.

www.manueladaponte.it

Nota de la traductora

Soy de las que cuando prueban algo por primera vez nunca se conforman con la primera impresión de la experiencia.

La repito y la saboreo.

La repito y la observo.

La repito y la disfruto.

La repito y la integro.

Traducir *La Nueva Conciencia de María Magdalena*, de Adele Venneri, fue para mí una de las experiencias más intensas y profundas de los últimos tiempos.

Un viaje a través de las palabras, los capítulos y las páginas.

Un viaje a través de habitaciones que, a medida que avanzaba, abrían sus puertas para dejarme ver lo que durante tanto tiempo permaneció cerrado, custodiado, incluso escondido.

Con *El Código del Origen*, este viaje ha sido más intenso y profundo si cabe, pero la sensación nueva no ha sido la de sentirme en la búsqueda de algo, sino la de un profundo encuentro con el ser. Esas puertas ya no ocultaban sino que custodiaban algo que quería conocer.

A través de mis experiencias vitales he comprendido que cada uno necesita su tiempo, su viaje y su ritmo para integrar, ver y comprender que lo que le sucede no es más que un aprendizaje nuevo con el que avanzar.

Y cada uno tiene el suyo propio.

Este libro te acompañará, con tu tiempo.

Pero entrarás frenéticamente en su ritmo.

Su narración, su descripción, su sencillez y a la vez su profundidad crearán la imagen de una película frente a ti.

Una lectura actual, con trazas de pasado y aire de libertad que revela lo que siempre ha permanecido oculto.

Léelo las veces que necesites, porque, como yo, estoy segura de que no te quedarás con la primera impresión.

Saboréalo, las palabras nutrirán tu ser.

Obsérvalo, aportará luz nueva a rincones que creías olvidados, y gracias a ella podrás ver —sin miedo, sin juicio y sin culpabilidad— aquello que durante tanto tiempo no te dejó ser completamente tú.

Disfrútalo, sus textos son verdad, son realidad, son eternos.

Son un viaje a través de las páginas del tiempo y de la historia de los lugares, donde pasado, presente y futuro se funden en una única experiencia: la vivencia en profundidad de cada una de las emociones.

Intégralo.

No te puedo desear nada mejor.

Suéltate, no te resistas ni tengas miedo.

Como dice Adele Venneri, «el miedo es la ausencia de amor».

Así que, con todo mi amor: gracias, Adele.

Gracias por este nuevo viaje.

Y a ti que vas a adentrarte en estas páginas, bienvenido, bienvenida.

Prólogo

de Antón Ponce de León Paiva

Las Leyes Divinas y Cósmicas son exactas e inconfundibles. Y gracias a ellas he tenido el placer de conocer a Adele Venneri. He estado siempre a la busca de mí mismo. Durante esta búsqueda he adquirido las enseñanzas de diversas escuelas iniciáticas, hasta llegar al encuentro con el Maestro Kechua Amaru Cusiyupanqui, sucesor de Nina Soncco como guía espiritual de la Hermandad Solar, escuela mística andina cuyos orígenes se remontan a los albores de la historia humana, el mítico continente Mu. Actualmente dirige la Escuela Andina de Valores: la Hermandad Solar de los Intic Churincuna, la Hermandad Solar de los Hijos del Sol.

Hace unos años empecé a indagar sobre la verdad acerca de la vida de María Magdalena, una gran maestra que tuvo gran influencia en la vida de Jesús. Maestra que, con su ancestral esencia, vino para despertar al Humano y acompañar a la mujer en su potencial creativo de genitora y custodia de secretos arcaicos.

Durante mis investigaciones, estudiando su historia, descubrí que María Magdalena, junto a José de Arimatea y otros compañeros, llegaron a Europa, algunos a la tierra de Avalon, otros, como María Magdalena, al sur de Francia, donde se establecieron y donde ella concluyó sus últimos días de vida terrena. Esta historia, a la que tengo especial estima y que tanto me apasiona, la he compartido con mi hijo Amaru y su mujer Silvia. En 2019, fueron invitados a Italia para ser testigos del amor de una pareja de amigos nuestros, Eliana y Stefano, que, tras la celebración de su matrimonio, decidieron pasar unos días juntos por el sur de Francia.

Siguiendo los pasos de María Magdalena y la curiosidad que yo le había transmitido por los lugares en los que Magdalena había vivido, Amaru y sus amigos decidieron acercarse a Rennes-le-Château, lugar al que yo mismo hubiese deseado ir y del que tanto había hablado a Amaru. Eliana, paseando por las callejuelas del pequeño pueblo del Languedoc, encontró a una mujer alemana, residente desde hace muchos años en Rennes-le-Château junto a su amado, y figura de grande prestigio en el misterioso pueblecito francés. Entre ellos se creó una inmediata empatía, y Eliana, conocedora de mi gran interés por saber más acerca de la vida de María Magdalena, empezó a hacerle una pregunta tras otra. Su respuesta fue: «Si realmente quieres saber la verdad sobre María Magdalena, tienes que hablar con Adele Venneri».

Sorprendida por esta respuesta, y sin vacilar un momento, Eliana inició su búsqueda, sintiendo en su corazón que este encuentro tendría lugar.

Fue exactamente así.

La «casualidad», si así queremos llamarla, quiso que, exactamente durante esos días, Adele Venneri se encontrara en Francia con su hijo Stefano con motivo de una conferencia sobre *La Nueva Conciencia de María Magdalena*. El gran encuentro tuvo lugar bajo la Torre de Magdala. Un abrazo antiguo y misterioso para después encontrarse como viejos amigos sentados a la mesa en el restaurante Le Jardin de Marie. Durante la conversación, Amaru se sintió atraído por las palabras de Adele Venneri. En ellas encontraba gran parecido con las mías, pero sobre todo lo que más le atrajo fue el precioso símbolo que Adele vestía y que se apoyaba en su pecho, sobre el corazón: *el Código del Origen*.

De vuelta en Perú tras su maravilloso viaje por Europa, Amaru me habló de la mujer que había encontrado bajo la Torre de Magdala, y, sobre todo, de aquel Código que llevaba sobre su pecho. Sin vacilar, cogí el teléfono y la invité a mi tierra andina. Tal fue la sorpresa cuando personalmente encontré a Adele y cuando vi con mis propios ojos que sobre su pecho y sobre su corazón brillaba un código para mí muy preciado: el Código del Origen, símbolo que Adele Venneri había recibido en 2017 por la *vía iniciática* de la Frecuencia de María Magdalena y que yo, en cambio,

había recibido *por tradición* por mis maestros, los Maestros Quechuas, en 1959. Su experiencia tuvo lugar en Europa, la mía en Sudamérica.

Fue una gran alegría y un gran honor compartir varios días con Adele, días en los que pusimos en común nuestras correspondientes experiencias e historias vitales. Nuestras conversaciones convergían siempre en el mismo punto: el Centro. El Universo se creó con la Geometría Sagrada. El *círculo* representa la energía cósmica unificada; el *cuadrado* representa los cuatro elementos: fuego, aire, agua, tierra, elementos presentes en todos nosotros y en la creación; el *triángulo* representa el alma, la parte sublime, el objetivo de nuestra experiencia en la Tierra; y el *punto central* es la chispa divina: el Espíritu, el soplo vital.

He reconocido en Adele Venneri una infinita sensibilidad y creo que el amor y la compasión son los elementos que le han permitido ser portadora de la Nueva Conciencia de María Magdalena. Un mensaje arcaico, nuevo y a la vez eterno, que lleva a los seres humanos a comprender que somos Divinos en cuerpo y que la tierra en la que vivimos es nuestra verdadera escuela de aprendizaje.

Deseo agradecer profundamente a Adele Venneri su visita a Samana Wasi, así como que nos haya mostrado, con su bella, sincera y honesta presencia, qué es el

Amor y cuán importante es que uno se ame a sí mismo primero. La humildad se reconoce solo en Espíritus Grandes y Nobles; y es lo que he visto en los ojos de Adele.

*Antón Ponce de León
Samana Wasi (Perú)*



Adele Venneri, Antón Ponce de León Paiva y su esposa.
Fotografía de Stefano Scrimieri.

*Sé como el agua.
Fluye y ve donde quieras...
Cualquiera que sea tu recorrido,
estás destinado al Océano.*

*Te dedico este libro a Ti
que en cada vida
y en cada lugar
te has buscado siempre a Ti mismo.*



Yo soy inocente

*La vida tiene lugar
cuando el Ser es ALMA en sí mismo
y empieza su Despertar.*

Teníá casi NUEVE años cuando cada domingo me dirigía puntualmente a la iglesia con mi madre. Y esto no era así porque yo lo hubiese ESCOGIDO, sino simplemente porque se TENÍA que hacer. Punto.

Mi madre, María, mujer extremadamente católica y practicante que poseía una personalidad fuerte y

notable, daba a todos la impresión de ser una madre roca. En su vida, desde muy temprana edad, tuvo que aprender por sí misma a calmar sus emociones en el silencio de la dura y visible coraza que había construido. Con solo once años experimentó su primer dolor: la repentina muerte de su padre a causa de un malestar inexplicable para la medicina de aquel tiempo. El amor de su madre las nutrió a ella y a su hermana hasta la edad de veintidós años, cuando también su madre, paralizada por una enfermedad, abandonó su cuerpo precozmente.

Con veintisiete años, cansada de los abusos que sufría por parte del marido de su única hermana, se refugió en el primer pretendiente que le pareció que podía liberarla. Gracias a varios conocidos —como en aquella época se hacía cuando una mujer quería casarse— encontró a mi padre. Un matrimonio que nació de la NECESIDAD de huir de las propias realidades familiares, tan insatisfactorias, y, como sucede a menudo, de la falta de amor hacia sí mismos, falta que ambos padecían y de la que no eran conscientes.

Mi madre permaneció en su cuerpo de acero hasta la edad de noventa y tres años. Su deseo era el de morir consciente; y así fue.

Durante los últimos cuatro meses de su viaje por la Tierra, estuve siempre cerca de ella. La acompañé hasta que exhaló su último aliento, cuando, dándome el único abrazo que he recibido de ella en esta existencia, expiró sobre mi pecho. Deseaba con todas mis fuerzas

ocuparme de ella, no porque fuese mi deber como hija, sino porque sentía que ella era el útero que se había convertido en «casa» y que me había permitido el pasaje de la conciencia celestial a la conciencia creadora.

Sentía claramente que era un ciclo que tenía que concluir, no en el nombre de aquella familia que ella había intentado mantener unida a toda costa, sino en el de aquella familia estelar de la cual provienen nuestras almas. Cada vez que nos quedábamos solas, mientras la acariciaba, le hacía un montón de preguntas, la llevaba hasta sus recuerdos y, agarrándola de la mano, la ayudaba a transmutar cada emoción que había permanecido en su alma y la había llenado de nudos inútiles. Durante los últimos tres días de su existencia física, sufría mucho. El dolor de sus llagas la postraba y, con la fuerza con la que siempre había vivido su vida, gritaba: «¿Dónde está la misericordia? ¿Dónde está la misericordia que me prometiste?».

Yo permanecía a su lado, silenciosa; sufría mucho viéndola así y, en el silencio de mi corazón, sin decir una palabra, me preguntaba: «Mamá, ¿dónde está ahora aquel Dios al que le has rezado durante una vida entera? ¿Dónde está el Dios al que siempre has puesto por delante de todo? Le has amado, venerado, suplicado...; y ahora ¿por qué tanto sufrimiento?».

Llegó la oscuridad y, en el silencio de la noche y de su apaciguada respiración, mi conciencia me respondió. Me habló de la FE y de cuánto esta había sido una salvación para ella. Aquella fe que la había ayudado a

afrontar su vida aun cuando el viento venía en contra. Ella sin embargo había creído durante toda su vida que la FE era solo la que se refería a Dios. Aquel Dios por quien, en aquel momento, quizás, no se sentía tan ayudada como siempre hubiese deseado.

Sentía con absoluta certeza que la encontraría de nuevo y que para mí sería ALEGRÍA pura. También sabía que, durante los primeros años de su nueva existencia, estaríamos un poco distanciadas, y que en un momento muy concreto ella recordaría y me reconocería.

La vida tiene lugar cuando el Ser es ALMA en sí mismo
y empieza su Despertar.

Mi padre, Víctor, era un hombre solitario. Su piel estaba marcada por el tiempo que no había vivido. Demasiados recuerdos de la guerra le habían lacerado el rostro volviéndolo aún más anciano de lo que era en realidad. En cada arruga permanecía inciso el recuerdo de diez años de guerra: en su corazón, en cambio, más allá de las apariencias, albergaba mucho amor. Más que de la guerra, mi padre hablaba siempre de su madre, una gran mujer, que se quedó ciega en la adolescencia. Una gran mujer, con un fuerte carácter, que jamás había perdido la esperanza de volver a abrazar a su hijo, de quien, desde el día en que fue obligado a vestir el uniforme militar, no había tenido más noticias.

Sus días transcurrían entre alcohol, tabaco y extrema soledad. Adoraba escuchar a los grandes clásicos e, inmerso en las notas de Verdi, permanecía doblado durante horas con la cabeza entre las manos. Su enfermedad lo llevaba a sentir hambre de aire y sus pulmones reclamaban aquella vida perdida y jamás reencontrada. Cualquier ruido le perturbaba y por ello, cada vez que me acercaba a él, tenía que respirar bajito.

A muchos —especialmente a mi madre— mi padre podía parecerles un hombre sin rumbo. Yo sin embargo estoy segura de que aprendí de él la poesía de la vida y a muy temprana edad, con solo siete años, empecé a dar forma a mis emociones haciendo que en mis primeros poemas las rimas se besaran unas con otras. Se fue muy pronto y lo eché de menos. En el devenir de mi vida comprendí que todo había sido perfecto. La suya no fue una carencia, sino una Presencia a otros niveles gracias a la cual me permití encontrar a mi Masculino. No un modelo del que renegar o al que imitar, sino el aspecto Masculino de Mí, que, unido con mi Femenino, se convirtió en Masculino Sano.

Con la curiosidad que puede tener una niña de nueve años, cada vez que me sentaba en los bancos de madera de la enorme iglesia, lo que más me gustaba hacer era escuchar el silencio que se creaba dentro de mí y que puntualmente dejaba lugar a un sonido paradisíaco. Sonido que, como una ola, provenía del

majestuoso órgano que se posaba en la antigua tribuna hecha de diminutas mayólicas coloradas en lo alto de la entrada a la iglesia.

Aunque era muy inteligente, mi madre era una mujer de poca cultura. Sabía escribir su nombre y otras pocas palabras, para lo demás utilizaba jeroglíficos descifrables solo por quien sabía ir más allá. Lo que sí conocía al pie de la letra eran todas las plegarias, estas las sabía escribir y leer, y sobre todo recitar a la perfección. Estos mantras permanecían IMPREGNADOS dentro de ella, como un tejido empapado en tinta indeleble. Los repetía continuamente como un estribillo, respetando los intervalos decretados. Es así también como el humano ha sido manipulado: repite, repite, repite..., y, antes o después, crearás.

Mi madre, María, rezaba y cantaba todos los salmos en voz alta, lo hacía con vehemencia, casi queriendo interpelar a Dios: «¡Eh, mírame! ¡Estoy aquí venerándote!».

Yo —pequeña y diminuta, a menudo asustada—, cuando ella alzaba la voz para hacerse sentir por Dios, escapaba a los lugares secretos de mi imaginación, dejándome atraer por las coloradas vitrinas que se encontraban en lo alto a la derecha de la gran cúpula. En aquellas vitrinas había algo misterioso que atraía mi visión. No comprendía si era por los colores o por los rayos de sol que, filtrados por los bordes de los cristales tintados, creaban en mi rostro una luz especial que me llevaba MÁS ALLÁ.

—¡Mamá, mamá!

—¡Shhhhhhhh! —me silenció y bruscamente me respondió—: En la iglesia no se habla, ¡es pecado!

«¿Pecado? ¿Pero qué tan grave he hecho para pecar? Si solo he hecho una pregunta. ¿Y qué es el pecado? —me decía para mis adentros—. Bah, qué raros que son los adultos», me respondí para tranquilizarme.

—¡Mamaaaá, mamaaaá! —seguí replicando. Esta vez con voz más baja.

—¡Dime! —me respondió con la voz irritada de quien cree estar pecando.

—Mamá, ¿pero Dios dónde vive? Tú dices que esta es la casa de Jesús. ¿Pero dónde vive? Dímelo, por favor, ¡quiero verlo!

Para silenciar mi curiosidad y poder continuar recitando su plegaria, con la que se batía el pecho mil veces, casi agujereándose el corazón, me respondió:

—Vive allí arriba, allí, dentro de aquellas vitrinas.

—¡Guau, qué maravilla! —exclamé, llena de alegría. «Es por eso por lo que me siento tan atraída por ellas», pensé.

Pronto comprendí que existía una *fuerza invisible* que me guiaba, pero no conocía su nombre. Aquellas vitrinas tan decoradas, coloreadas de carmesí, azul y amarillo oro, me atraían y me gustaban muchísimo.

Desde aquel instante, mi creatividad empezó a expandirse más allá del tiempo y el espacio, empecé a imaginar una casa GRANDE y RICA. En mi visión aparecían cajones que no había explorado nunca. ¿Pero cómo podía yo —que solo tenía una casa, pequeña y superpoblada— imaginar tanta riqueza, tanta abundancia y tanta belleza? ¿De dónde provenían todas estas imágenes si en la realidad no las había visto nunca?

Mientras tanto mi visión se expandía con la presencia de salones enormes con suelos de mármol rosa. Suntuosidad, riqueza, oro, plata, bandejas de fruta de todos tipos. Comida en abundancia servida en platos de plata. Me sentía transportada e invitada allí, a aquella casa donde todo hablaba de Gracia, de Abundancia, de Belleza y de Aquel a quien mi madre llamaba Dios o Jesús.

«Es extraño —me decía— pero ¿por qué todos hablan del pobre Jesús?».

«Mmm, ¡bah! Aquí hay algo raro —pensaba—, aquí se esconde un misterio aún sin desvelar. Estos —me dije, llevando mi mirada a todos los presentes en la iglesia— no saben aún la verdad. Un día la sabrán y, cuando esto suceda, yo ya estaré en la Nueva Casa».

Sonreía dentro de mí sin demasiadas exhibiciones, porque me habían dicho que hacerlo dentro de la iglesia era pecado. Me sorprendían mis pensamientos, me parecía como si no formase parte de este mundo, estaba allí observándolo, en aquella iglesia, con la mujer que me había dado a luz y a la que yo misma había escogido

como MADRE en esta existencia. La deseaba a ella y ninguna otra podría haberla sustituido.

Del profundo significado de mi vida, por entonces, no tenía conciencia, pero dentro de mí «sentía» que la vida no era aquello que me querían hacer creer. A menudo tenía dificultad para comprender mis pensamientos, pero sentía que mis emociones eran auténticas y, sobre todo, que evocaban en mí un pasado arcaico del cual tenía *visiones*, sin ser consciente todavía de qué eran exactamente. Siempre he tenido una cierta complicidad con Dios. Incluso cuando alguien de mi familia me lo reprochaba para hacerme creer que estaba equivocada, yo me decía: «Pero si Dios me conoce. Él sabe Quién Soy». Una sensación de complicidad entre mi ser niña y mi *Alma Eterna* irradiaba inocencia en el banco en el que cada domingo me sentaba junto a mi madre, quien, atormentada e inundada siempre de drama, esperaba ser escuchada por los pecados que ella CREÍA haber cometido.

A la vista de la existencia que llevaba, me pregunto cuáles podían ser esos pecados. Quizás un pecado sí se lo reconozco: el de no haberse amado antes que a nada. Para ella solo eran importantes sus hijos, pero no se daba cuenta de que cada vez que decía: «Lo he hecho por vosotros», para mí, esta afirmación se transformaba en un inmenso sentimiento de culpa. El mismo sentimiento de culpa que sentía cuando me

decía que Jesús había muerto por nuestra culpa. Y en aquel «nuestra» estaba también la parte de mí que, sin embargo, se sentía tan INOCENTE.

Veía su falta de libertad, una libertad que, aunque era muy pequeña, yo ya deseaba. Ante cada problema, mi madre afirmaba con resignación: «Cristo cargó su cruz y cada uno de nosotros tiene que llevar la suya. En cada casa hay una».

A mí la palabra «cruz» me pesaba. Los hombros —aunque fuese solo una niña de nueve años— me dolían. Sentía que la madera de aquella cruz estaba impregnada de falsas historias y creencias, que en la materia se habían convertido en drama, sacrificio y dolor.

Ahora, antes de seguir adelante, tómate un instante para respirar profundamente...

Permanece a la escucha de lo que sientes mientras lees.

Probablemente algo de lo que estás leyendo o escuchando también te ha sucedido a ti.

Respira, deja que sea. Deja que la emoción emerja. Obsérvala.

Tu conciencia se vuelve observadora. Deja que suceda.

Preciso por el tiempo lineal, llegó puntual otro domingo. «Hoy es el día del Señor», me decía mi madre y yo me lo creía: «¿Pero por qué Él, que todo lo podía, escogió solo un día?».

Entre dudas y silencios sentía en mí el deseo de volver a ver aquellas vitrinas a través de las cuales podía entrar en mi Vida Creativa. También, porque allí encontraba de verdad mi espacio, aquel ESPACIO que tanto deseaba cuando —en aquella pequeña casa en la que vivíamos ocho personas— buscaba a Dios.

La semana transcurría entre deberes y obligaciones; y a la iglesia se DEBÍA ir.

«Esto se hace, esto no se hace... Tú eres la más pequeña y debes tenerles respeto a todos... Tú eres la más pequeña y tienes que obedecer... Tú eres la más pequeña y tienes que estar callada».

Estos eran los DEBERES a través de los cuales, día tras día, mi personalidad se nutría de rebelión. Me planteaba muchas preguntas sobre por qué todo se daba por HECHO, por qué tenía que estar callada y solo obedecer. A menudo en la iglesia observaba atentamente a las personas y me preguntaba por qué eran todas tan distintas físicamente cuando, sin embargo, dentro algo las hacía iguales a todas. Me preguntaba si dentro de sí aquellas personas eran realmente felices o si la paz que aparentaban en la iglesia era solo apariencia.

Con mi madre nos sentábamos siempre en los primeros bancos, eran los puestos que ella prefería ocupar. «Así se escucha mejor», me decía. En realidad le gustaba ser vista por el párroco, siempre presente en la misa de Dios; quizás esperaba que Dios le perdonase algunos de los que ella creía que eran pecados.

La expresión de su rostro en la iglesia se transformaba: la culpa, el drama, el sacrificio estaban incrustados en los surcos de cada una de sus arrugas y remarcaban la tardía edad a la que me había tenido.

Absorta en mi imaginación, como cada domingo, empezaba mi viaje astral, transportándome con mi conciencia a lo más alto, donde mi Dios me esperaba. Riqueza, Abundancia y Gracia, escenarios tan distintos de aquellos que vivía en mi realidad, donde a menudo nos íbamos a la cama casi en ayunas. En aquel fantástico lugar que había descubierto, podía maravillarme de la Riqueza, de la Frecuencia Krística¹ pura que —sin cruces— me irradiaba de aquello que realmente ERA. De aquello que realmente ES.

Mi mayor deseo era el de ver a Jesús en la Majestuosidad de su casa, deseaba observar cómo se movía, e imaginaba que si me hubiera visto, me habría invitado a entrar para visitarla. Quizás —pensaba— me hubiese invitado a comer con él. De repente mi imaginación se vio distraída por el vocerío que se creó en la iglesia, cuando el cura,

.....
1 Las palabras que incluyen la letra *K* no son errores, sino una invitación a recordar la esencia y la propia chispa divina.

tras la celebración de la homilía, recordó a los padres que en pocos días se celebraría el Sacramento de la Primera Comunión y que todos los niños que la hubiesen deseado, podrían recibirla. Mi madre, sin siquiera mirarme, ya había DECIDIDO por mí.

DEBÍA hacer la Primera Comunión, sin saber qué era y sin elección.

—Mamá, mamá, ¿qué es la Primera Comunión?

—¡Recibirás a Jesús! —respondió, sorprendida por mi pregunta—. Ahora debes hacer catequesis.

—¿Catequesis?

—Sí, catequesis, debes aprender la historia de Cristo.

Sin ningún «pero», fue así como cada semana puntualmente acudía sola a un gran instituto no muy lejos de casa. Sí, no estaba muy distante, pero para ir sola tenía que atravesar muchas calles hasta llegar al lugar en que don Egidio tenía que instruirme sobre la historia de Jesús y prepararme para recibir la Primera Comunión. La sala era muy grande y espaciosa, con muchos críos, todos de mi misma edad. Una de aquellas criaturas, que parecía algo mayor, se acercó a mí con aires de superioridad y me preguntó: «¿Tú ya lo tienes, el vestido nuevo?».

«¿Vestido nuevo?», no lo entendí. Con la mirada perdida, me sentí fuera de lugar. Me miré para ver si llevaba la ropa adecuada o por si acaso hubiese olvidado

vestirme. Aunque mi ropa estaba algo rasgada y descolorida, me di cuenta de que vestía decentemente. Yo, que vestidos nuevos tenía más bien pocos, con sorpresa le pregunté en voz alta: «¿Vestido nuevo? ¿Qué vestido?».

La exuberante amiga estalló en una gran carcajada y, pasando su mano por mis trenzas doradas, se fue. Permanecí inmóvil, levanté la cabeza, congelé mis emociones e hice ver que no pasaba nada. Únicamente mi mirada lo decía todo. «De acuerdo, un día nos volveremos a ver», dije en voz baja.

Cuánta venganza me costó en la vida esta experiencia. Y quizás, ahora que lees, tomas conciencia de que ha sido también así para TI. En la vida siempre he conseguido mis objetivos, ¿pero a qué precio? ¿Con cuánto esfuerzo? ¿Con cuánto sacrificio? Y, sobre todo, ¿con qué frecuencia? ¿Con qué memoria? La frecuencia y la memoria de la venganza, de la lucha, la frecuencia de quien DEBE conseguirlo a toda costa. La frecuencia de quien dentro de sí conserva la experiencia de la humillación. Esto es dolor, no Fuerza. Esto es hacer, no Crear. Esto es demostrar, no Ser. Esta es una batalla en la que siempre hay un vencedor y un perdedor. En la vida se respira para VIVIR, no para ganar.

Tú Vives cuando eres Consciente de Ser Maestro y Humano en la Tierra de tu Cuerpo.

Tú Vives cuando la FE que tienes en ti se encuentra presente de forma intrínseca en cada célula.

Tú Vives cuando dejas de querer vencer, consciente de que, por el simple hecho de respirar, Tú eres la VICTORIA.

Estás VIVO cuando disfrutas de aquello que Eres y no de aquello que siempre has buscado.

Disfrutar significa ser consciente de ser Humano y Divino.

Ella, Tu Alma, no tiene la necesidad de demostrar nada, solo quiere vivir la Experiencia Humana a través de Ti.

Empezaron las clases de catequesis y, sinceramente, no entendía para qué me estaban sirviendo. El bocadillo con la tableta de chocolate, sin embargo, me gustaba mucho...

El momento que me creaba más incomodidad era cuando se tenía que saludar a don Egidio. Este PRETENDÍA recibir un beso cada vez, y debía casi rozarle los labios. Me sentía muy rara con su petición, sudaba, intimidada por su seducción, pero CALLABA, creyendo que aquello también se trataba de un deber. Aquel deber del que siempre oía hablar a mi madre, cada vez que, refiriéndose a la relación física con mi padre, afirmaba: «Es el DEBER de la mujer». No lo entendía y dentro de mí me rebelaba. Así como cada vez que escuchaba esta plegaria en la iglesia:

*«No soy digna de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme».*

¿Cómo? ¿Por qué NO iba a ser DIGNA? ¿Qué he hecho? ¿Por qué entras solo en la casa de quien tú quieres? ¿Dónde está tu bondad?

Sentí un huracán de emociones. Con el rostro triste de una niña y con los ojos antiguos de quien sabe, pensé: «¿Por qué basta solo una PALABRA tuya para entrar en casa de quien quieras? ¡No es justo!».

No podía ser así. No podía. El agua de mis células hervía, el fuego de la rabia ardía y el olor a quemado evocaba en mí el recuerdo de antiguas hogueras. No lo comprendía, pero sufría. No entendía por qué tenía que estudiar plegarias que me hacían sufrir en vez de disfrutar. ¿Por qué?

¡DEBÍA! Punto.

*Confieso, ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos,
que he PECADO mucho de Pensamiento Palabra,
Obra y Omisión.*

*Por mi CULPA, por mi CULPA, por mi gran CULPA,
por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los Ángeles, los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios Nuestro Señor.*

«¿Culpa? ¿Pecado? ¿Rogar?», me preguntaba estallando en un llanto incontrolable y escondiendo las lágrimas en los armarios secretos de mi cuerpo.

¡Yo no he hecho nada! ¡¡¡SOY INOCENTE!!!

Sentí un fuerte dolor, sentí desprenderse las carnes de mi vientre, mi útero se rebelaba y mi corazón se rasgaba por la injusticia.

¡¡¡NO!!! Exclamaba una voz. ¡¡¡NO!!! No podéis. Sentía el peso del SUFRIMIENTO y el DOLOR del acallado silencio. No lo entendía, lo que me sucedía era más grande que lo que podía comprender una niña de nueve años.

La LUCHA entre lo que era y lo que querían que fuese había empezado.

¿Pero por qué tenía que sufrir? ¿Por qué callar y convencerme de ser culpable? Yo no he hecho nada, seguía repitiéndome. A veces me maldecía y, gritando con la que creía que era mi voz, me preguntaba en el silencio de la desesperación: «¿Para qué he nacido?».

Llorando a escondidas, me hacía un montón de preguntas esperando que la respuesta llegase de alguna parte; pensaba en cuáles podían ser mis pecados, cuál era la causa del pecado que me convertía en INDIGNA, cuál era la culpa de la que me ACUSABAN.

«¡Yo no he hecho nada! —me decía—. ¡¡¡SOY INOCENTE!!!».

Para dar con una respuesta lógica, buscaba y adaptaba cualquier respuesta tras una pequeña mentira.

Pronto comprendí que la misión de la mentira era más grande que la mentira en sí. Amaba comprar flores y llevárselas a mi profesora y, sin tener dinero para comprarlas, me inventaba excusas para el vendedor, al que le decía que en un rato mi madre pasaría a pagarlas. Hacía lo mismo cuando alguna amiga me invitaba a una fiesta de cumpleaños: para no sentirme humillada por no poder comprarle un regalo, me inventaba la misma excusa con otro vendedor. Sabía que mi madre me pegaría, pero el dolor de una bofetada era menor que el de la vergüenza, la humillación y la necesidad de amor.

No parecía suficiente como para ser condenada por PECADO.

El día dedicado al encuentro de catequesis, don Egidio invitó a todas las niñas a sentarse en los pequeños bancos blancos. Muchas de ellas vestían cortas faldas que dejaban entrever la delicada carne blanca; no sé si era por casualidad, pero puntualmente las manos de don Egidio acababan apoyándose allí. Aún tímida y asustada, controlaba cualquier emoción, pero dentro de mí percibía claramente una VOZ contrariada con lo que veía y con lo que percibía con mis sentidos. Mi diálogo interior se interrumpía con la llamada de don Egidio, cuando, con voz seductora, establecía los días en los que nos examinaría sobre el aprendizaje de las plegarias.

Por haber escuchado a mi familia decir, repetida e hirientemente: «Tú, calla, que has nacido de rebote...», y convencida de mi nulo valor, con don Egidio quería

ser la mejor. Fue así como cada noche, junto a mi madre, empecé a repetir de memoria las plegarias; ella estaba feliz por ello, pero cada vez que debía golpearme el pecho para decir «mi culpa, mi culpa, mi gran culpa», mi mano se paralizaba por la VOZ interior que me hablaba y me decía lo contrario a las palabras que pronunciaba. Mi delicado pecho —en el que se empezaban a entrever las formas de una mujer— se lastimaba cada vez que mi mano batía sobre mi corazón para convencerme de que era culpable, y con la ingenuidad de una niña que vive a la vez el miedo y la rebeldía, me preguntaba de nuevo: «¿Qué culpa tengo? ¿Por qué tengo que acusarme golpeándome el pecho? ¿Por qué pecado estoy marcada?».

Dolor y sorpresa se mezclaban en una trenza de pasado y presente y originaban el hipnotizado aspecto humano que, poco a poco, se iba volviendo cada vez más durmiente.

Absorta en el gran deseo de que alguien me dijera «muy bien», rápidamente me distraje de mi alma, y aun con recelo aprendí las plegarias de memoria. La alegría de una niña que no entiende, pero que se adapta, estalló en mi tierno corazón, gracias al deseo de poder vestir quizás yo también un vestido nuevo para mi Primera Comuni3n.

La realidad fue demasiado distinta. Una noche, mi madre, al regresar después de una larga jornada de trabajo, se sentó unos segundos, el tiempo justo para beber un vaso de agua, y fue en aquel instante cuando

me dijo que para mi Primera Comunión vestiría un vestido que ya había usado en otra ocasión.

—Pero..., mamá, ¿no es nuevo!

—¡Nada de dramas, no podemos comprar otro!

—Pero, mamá, ¿es corto! —le respondí preocupada, pensando ya en el resto de mis compañeras.

—¡No tenemos DINERO! —añadió con voz firme.

La rabia y el sentimiento de injusticia se congelaron por el miedo a la reacción de mi madre. El rastro de hielo se convirtió en el medio para apagar el fuego abrasador que en cambio, en lo más profundo, ardía en un antiguo resentimiento cuyo sentido no comprendía.



1971. La autora a la edad de nueve años.

Llegó el gran día. ¿Grande por qué, si todos estaban atareados haciendo otras cosas?

Un Lirio, una FLOR DE LIS, solo ella PRESENTE.

Sí, en mi fiesta para encontrar a Dios fui con mi FLOR DE LIS. Un vestido corto, pero blanco, e igualmente feliz de estar en compañía de mi delicada FLOR DE LIS y, ahora que me acuerdo, también en la de una pariente lejana. Jamás hubiera imaginado que un día la FLOR DE LIS sería el emblema de mi Corona.

Recuerdo que, nada más subir la escalera que llevaba al gran salón, la compañera de las trenzas de oro se me acercó y me dijo, con tono exageradamente disgustado: «¿Vestido corto?».

La miré fijamente a los ojos. Debía enmascarar la humillación que sentía en el corazón, así que, con una sonrisa deslumbrante y la postura erguida de quien sabe qué quiere en la vida, con dulce firmeza le respondí: «¡Claro, corto! ¡Es así como se lleva ahora!». Estaba tan convencida de mi respuesta que fue ella la que durante un instante tuvo que preguntarse a sí misma si quizás era su vestido el que estaba fuera de lugar o anticuado, no el mío.

Mi ser DIFERENTE ya entonces se evidenciaba de marea clara y nítida. Estábamos todas en fila, todas vestidas de blanco, cada una con su FLOR DE LIS. Yo contemplaba la mía y no me sentía sola, amaba aquella FLOR DE LIS y no comprendía por qué me hablaba

de Amor, de Pureza, de Presencia... Y ya entonces me hablaba de *MARÍA MAGDALENA*.

La música del órgano retumbaba en el absoluto silencio, la emoción me subía por la garganta: finalmente iba a tomar a Jesús, aquel Jesús bello, rico, bueno y dulce que siempre había imaginado a través de aquellas vitrinas. Era mi turno.

«El cuerpo de Cristo», dijo don Egidio mirándome fijamente a los ojos, casi queriéndome decir: «Atenta, no te equivoques».

«Amén», contesté con la voz deseosa de recibir.

¡Dios..., qué sentí! La hostia se pegó a mi paladar, mi estómago se retorció de ganas de vomitar. Fue uno de los momentos más incómodos de mi vida. Ese Jesús no se correspondía con el Jesús que sentía en el corazón. Su sabor era el de una doctrina, su forma era la del poder hipnotizante, su color era el del oculto enmascarado de pureza. En mí todo hervía, me sentía disgustada y no comprendía exactamente por qué. Jesús no era dulce, ni bueno, no era lo que yo sentía que era. Su sabor era amargo.

Pero había algo que iba MÁS ALLÁ de su sabor. Sentí en un instante rebobinarse en mí todas mis infinitas vidas, aquella cinta me hablaba de historias ya vividas, experimenté un fuerte deseo de náusea, dolor y rebelión. Las llamas abrasaban mis carnes. El tiempo se alternaba

entre el de una niña de nueve años en el altar deseosa por recibir a Jesús y el de una antigua sacerdotisa consciente de saber quién era en realidad Kristo.

El conflicto que sentí en aquel momento de gran incomodidad se transformaba poco a poco en la certeza de haber PECADO por haber siquiera experimentado aquellos sentimientos justo en el instante en el que encontraba a Dios. No podía, no DEBÍA, haber pecado. Ahora no me sentía digna.

Las plegarias que había aprendido de memoria tomaron forma en la realidad, y yo estaba cada vez más convencida de haber PECADO y no ser DIGNA.

Una profunda amargura que había que digerir sin poder compartirla con nadie, todo sucedía dentro de mí en absoluto SECRETO, la única cómplice era mi *FLOR DE LIS*.

Mi *Alma* me observaba silenciosa, y, cercana a mí, me mantenía pegada a mi *FLOR DE LIS*. Sabía y sentía que Jesús no se encontraba en aquella fina hostia. Sabía que Kristo era otra cosa y yo, aun siendo pequeña, estaba preparada para ir MÁS ALLÁ. Estaba preparada para encontrar a aquella sacerdotisa perfumada de nardo que conocía cada respiro del Kristo.

Sentía que me esperaba un largo *viaje* gracias al cual traer a CASA cada parte de mí. Solo el CONOCIMIENTO podría llevarme de vuelta al CÓDIGO: el Origen de mi CONCIENCIA.

La CREENCIA de no ser DIGNA y de haber PECADO había marcado mi delicada carne, y yo lo había creído. Ahora estaba preparada para recitar aquella plegaria a la que me había opuesto, ahora estaba preparada para entrar en la conciencia colectiva de la indignidad, la conciencia colectiva de quien cree haber PECADO, de quien cree no merecer:

«No soy DIGNA de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya bastará para sanarme».

Este fue el sello con el que mi infancia estuvo marcada.

Esta fue la frecuencia vibratoria con la que mi mente se adoctrinó.

Pero *Ella*, la VOZ de mi Alma, jamás me abandonó...

Con dulce firmeza vengo a Ti.

Con el amor de vacío Te hablo.

Con la frecuencia de la inocencia Te susurro.

Respira, alma compañera...

Respira, alma antigua...

Respira, alma de gracia...

Permítete entrar en Tu Espacio sagrado.

Permítete entrar en el VACÍO de Ti.

Permítete entrar en tu Laboratorio Alquímico.

Entra en aquel Espacio Vacío donde la Nada es Todo.

Y donde el Todo es Nada.

*Entra en la ausencia de Espacio-Tiempo y escucha el
sonido...*

MyeshuakOr...

El sonido del Origen.

En el devenir todo sucederá...

